

**Roberto Pablo Payró**

**AVENTURAS DESCONOCIDAS DE  
D'ARTAGNAN**



**Ediciones Ricardo Durán  
Versoix  
2010-2014**

**MEMORIAS INÉDITAS DESCONOCIDAS DE D'ARTAGNAN  
EN LAS QUE SE NARRAN SUS ANDANZAS CON MOTIVO  
DE LA CUESTIÓN DE MANTUA Y DE LA NECESIDAD DE  
ESTUDIAR CÓMO ERAN LAS FORTIFICACIONES DE LOS  
ESPAÑÓLES EN ALSACIA**

**Ediciones Ricardo Durán  
Versoix  
2010  
roberto.payro@greenmail.ch**

*Ni Alejandro Dumas ni August Maquet, que le había servido de investigador y de escriba, quisieron utilizar, a suponer que lo conocían, estos relatos de las andanzas de D'Artagnan. Es una pena, pues d'Artagnan fue testigo de los prolegómenos de las marchas y contramarchas políticas y militares de un período, 1628-1632, en que se estaban agudizando los conflictos característicos de la Guerra de los Treinta Años en relación con la cuestión denominada "La sucesión de Mantua", la recuperación de Lorena y la invasión de Alsacia. Escribo estas líneas, a modo de prefacio a los siguientes extractos de las memorias de D'Artagnan, no sólo por amor a Dumas, sino también en homenaje a Raúl Vela Huergo, mi profesor de historia cuando estaba cursando en Buenos Aires mis estudios secundarios, pues fue para él que tuve que preparar cuadros sinópticos sobre los orígenes, los personajes y la evolución de aquella tremenda guerra que comenzó siendo una guerra de religión.*

...

*También aprovecho para recordar que cuando estaba estudiando en la Universidad de Michigan tuve que escoger un tema de investigación en el marco de un seminario sobre historiografía. Decidí presentar un trabajo escrito sobre la disposición, a raíz del Tratado de Westfalia, de los enclaves españoles en Alsacia. Fue una tarea muy ardua, que hasta necesitó que descifrara documentos en latín, idioma que nunca había aprendido. Cuando entregué esa memoria, el profesor, de cuyo nombre no quisiera acordarme, pero que se llamaba Wheeler, me dio una buena nota. Unos días más tarde, cuando fui a verlo para pedirle que comentara mi trabajo, me enteré de que lo había tirado. Era mi único ejemplar, pues en aquel entonces me costaba mucho escribir a máquina y nunca ponía papel carbónico para sacar copias.*

Roberto Payró

## **AL SERVICIO DE RICHELIEU, 1629-1630**

Flamante teniente de mosqueteros y con algo más de dinero para mis gastos decidí cambiar de alojamiento y estar un poco más a mis anchas. Encontré sin mucha dificultad un nuevo lugar donde vivir, no muy lejos de mis antiguos aposentos, en una casa cuya dueña me reservó todo el piso superior con vista a la pequeña plaza de San Gervasio. Planchet me había dejado librado a mi suerte desde que Rochefort le ofreció un puesto en la milicia urbana y tuve que buscar quien se ocupara de mis asuntos domésticos; al principio preferí dedicarme a buscar una compañía femenina que además de brindarme ese tipo de ayuda estuviera dispuesta a acostarse conmigo, pero pronto encontré una nueva perla para reemplazar al bueno de Planchet. Se llamaba Ferdinand Catoux y había sido palafrenero, peón de postas y guardián de un depósito de cueros antes de ponerse a trabajar como mozo para todo servicio en una posada del barrio de Marais. Era bearnés como yo, taciturno y servicial y me recordaba a Grimaud, que seguía al servicio de Athos.

Éste había preferido ser mi subordinado a aceptar la comisión en blanco que me había ofrecido Richelieu, pero al poco tiempo el Cardenal logró que nuestro soberano creara una compañía de mosqueteros a sus órdenes y me hizo trasladar del mando de Tréville al de él. Así que Athos y yo nos desligamos hasta cierto punto, pues nuestras obligaciones no coincidían ni en tiempo ni en lugar y, además, fue mi amigo quien tuvo que ocuparse de vigilar con otros de sus compañeros el desmantelamiento de las pocas fortificaciones que quedaron en La Rochelle después del sitio. Con Porthos nos veíamos muy poco desde que pudo casarse con la viuda Coquenard. Aramis estaba en Nancy y nada me obligaba a ir hasta allá para verlo desde que resolvió ingresar definitivamente en el mundo de la Iglesia al lado de los jesuitas.

A Richelieu no tuve que verlo demasiado. Me había quedado un gusto amargo de los contactos con él y de cierto modo me alegré de que siguiera teniendo conflictos con la reina Madre – la indómita María de Médicis, de quien se decía que había sido el amante a pesar de que ella le llevaba 20 años- y con Ana de Austria, la esposa del Rey Luis- que hasta entonces no le había dado ningún hijo varón- así como con todos o casi todos los cortesanos y partidarios de éstas y de Gastón de Orleans o sus emisarios confidenciales en Madrid, Viena y Roma, y de que se viera obligado a pasar mucho tiempo deshaciendo tramas en su contra y preparando con la ayuda del Padre Tremblay (a quienes todo el mundo llamaba el Padre José) las intrigas y políticas que había decidido forjar para convencer a Luis XIII de que había que desprenderse de la obstinada e influyente tutela de su madre, obstruir toda pretensión de Orleans a ocupar el trono, cerrar el paso a los príncipes alemanes y a los españoles e impedir que extendieran sus dominios hacia territorios que, según Richelieu, convenía incorporar definitivamente a nuestro país, a condición de que resultase posible terminar con la rebeldía de la nobleza y su pasión por defender a ultranza autonomías cada vez más precarias.

Rodeados de tenebrosos capuchinos ahítos de secretos de Estado, cuando no estaban actuando lejos de la Corte en su calidad de espías o emisarios, Richelieu y el Padre José – con más predicamento todavía que el Consejo Extraordinario - eran quienes más al corriente estaban de las intenciones que querían hacer endosar por nuestro monarca y que éste, más que dispuesto a obrar a favor de la Corona y a acabar con la desunión política y territorial del país, tendía a aceptar cada vez que no caía en alguna crisis depresiva o no tenía abscesos sumamente dolorosos que parecían augurar su temprana desaparición, frecuentemente provocados por los malestares que provocaban en él las rudas peleas con su madre y su esposa, siempre atentas a hacerle ver las supuestas ventajas de acercarse a España, de no desprenderse de Gastón y, sobre todo, desembarazarse del Cardenal, incluso recurriendo al asesinato, para quitárselo de encima de una buena vez.



Eran esos capuchinos y algunos diplomáticos de confianza los únicos que conocían, por lo menos a grandes rasgos, los planes que encerraba el Gran Propósito de Richelieu. Entre los hombres de armas como yo, ciertamente no éramos los subalternos quienes podíamos darnos cuenta de su estrategia europea, y es dudoso que el condestable y los mariscales de turno estuviesen enterados de otra cosa que los rumbos generales previstos para cualquier campaña. No existía ninguna escuela de guerra y era sabido que nuestros ejércitos no estaban compuestos sino de oficiales mal informados y apenas competentes para llevar tropas al ataque, mientras que en éstas había demasiados soldados ya exhaustos después de muchos años de lidia, muchos reclutas mal formados y un número inexplicablemente elevado de mercenarios de diversos orígenes (suizos, walones, alemanes, escoceses y, a veces, españoles e italianos).

Para estar enterado de algo de lo que pudiera ocurrir, no había más remedio que recurrir a algún panfleto de propaganda ideado por los capuchinos o vincularse a alguien al corriente de lo que se discutía en la Corte, en los cenáculos del poder o en los círculos cercanos a la nobleza, protestante o católica, sobre todo si se sabía que ellos podían ser parte de alguna trama política o tenían ambiciones territoriales o de otra índole en

relación con la estrategia real de extender o acentuar el dominio sobre el Languedoc, el Delfinado, los Tres Obispados, el Franco Condado, la Lorena, Alsacia o Saboya. Richelieu deseaba que los límites de Francia formasen un pentágono o un hexágono apoyado por doquier en los límites naturales con nuestros vecinos los suizos, los grisonos, los belgas, los alemanes y austríacos de todas las ramas e ideologías, los piemonteses y los españoles.

Los contactos de esa especie no abundaban en mi caso, no sólo porque nunca fui muy dado a conversar con gente de medios tan exclusivos, sino porque –debo confesarlo- no me sentía suficientemente preparado para participar en conversaciones de alto vuelo. Athos y Aramis me hubieran sido útiles como ayuda para quitarme las telarañas que siempre me impidieron ver en claro lo que mis ojos, mis oídos y mi entendimiento no lograban captar, pero desgraciadamente no los tenía cerca, ni estoy seguro de que hubiese querido instruirme acerca de hechos y políticas de que estaban percatados.

Sin embargo, pronto tuve que acelerar mi aprendizaje de lo poco que sabía de la política europea.

Sucedió que iba a realizarse un encuentro en Lyon entre el Rey y el Cardenal. Tenían que debatir los pros y contra de lanzar una campaña decisiva contra los hugonotes del Languedoc u optar por una nueva operación política y militar contra España, esta vez en Italia. Tuve que escoltar a Richelieu viajando con él en la galera oficial puesta a su disposición y algo comenzó a decirme acerca de que la finalidad del viaje no era ultimar detalles acerca de una última embestida contra los protestantes del Languedoc sino más bien considerar a fondo si era necesario prestar el concurso de Francia a los Nevers, que se encontraban en situación delicada a raíz de las pretensiones de los Habsburgo austríacos y españoles de privarlos de toda posibilidad de acceder por los valles de la Valtelina, el Piamonte o la Lombardía a sus dominios de la región mantuana. Yo no tenía idea de dónde quedaban esas regiones y, como Richelieu estuvo insinuando que yo lo acompañara en buena parte de su gestión a ese respecto, decidí informarme lo mejor posible apenas llegado a Lyon.

Allí tuve la suerte de hospedarme en la misma posada que había escogido el marqués Brulart de Sillery, un caballero que

mucho había tenido que ver con anteriores negociaciones sobre el tema evocado por Richelieu, de modo que haciendo gala de mi condición de mosquetero al servicio directo del Cardenal traté de sonsacarlo en todo lo que pude, aunque me habló tanto y con tanta complejidad acerca del asunto que dudo haber podido alcanzar una visión clara y precisa de cuál era el problema. Lo que saqué en limpio es que si bien la nueva situación estaba ligada a los viejos enfrentamientos entre protestantes y católicos en Europa, las nuevas guerras iniciadas entre ellos unos veinte años atrás habían tomado carices muy singulares, pues ahora el conflicto en torno a la Reforma se había transformado en una lucha inexorable entre otros intereses por encima de los de índole religiosa.

Tanto era así que tanto protestantes como católicos estaban concertando con príncipes del bando contrario alianzas militares, ofensivas y defensivas, sea para proteger sus feudos y soberanías contra los impulsos hegemónicos de los Habsburgos o para expandir sus propios territorios y zonas de influencia hacia áreas donde hasta entonces predominaban ora católicos o protestantes que habían sido vasallos o asociados de los descendientes de Carlos V. Francia también se aprovechaba de esa tendencia y buscaba, a menudo mediante dádivas generosas, tejer redes con príncipes extranjeros, fuesen católicos o no.



En ese orden de ideas, mi informante me hizo saber que era notoria la búsqueda por Richelieu de una alianza con Gustavo Adolfo de Suecia, pues mucho le convenía que las tropas suecas invadieran territorios del continente donde por el momento tenían supremacía las impetuosas hordas desalmadas impulsadas por jefes militares al servicio del Imperio como Wallenstein y Tully. Gracias a las operaciones de Gustavo Adolfo podía confiarse que si bien esos implacables saqueadores acaso entrarían en Italia sería posible evitar que hicieran estragos entre las poblaciones amigas de Francia y llegaran hasta nuestras fronteras.

También aprendí de él otra cosa muy importante que no sabía: el conflicto respecto de la Valtelina y de Mantua disimulaba algo de una importancia política y estratégica mucho más evidente.

En efecto, desde hacía mucho tiempo el Emperador, Austria, España, Venecia, y Francia, cada una por su parte, intentaban por diversos medios asegurarse de que no cayera en manos ajenas el gran valle de la Valtelina por donde se tenía acceso a los pasos alpinos más importantes, el Stelvio, el Umbrail y el Brenero. Tener el control de los Alpes revestía una importancia primordial. Para ello, negociaban tratados que continuamente se subvertían con las aguerridas facciones en que se habían dividido los habitantes protestantes y católicos de los Grisones después de incruentas luchas, erigían fortificaciones en sitios vulnerables y, so pretexto de poner término a la ideología reformista, no vacilaban en acudir al Papa en calidad de árbitro o de garante militar de sus intenciones anexionistas; además, la población grisona servía para engrosar las huestes austríacas y españolas.

En 1627 la influencia francesa en la Valtelina se había interrumpido, el general de Couevres había tenido que retirarse después de haber prestado un fuerte apoyo a una posible sublevación de los Grisones y los fuertes estaban momentáneamente en manos del Papado.

Por otra parte, España, fuertemente instalada en la región de Milán, quería tener definitivamente el control de los otros pasos alpinos por donde debía transitar para llegar desde Italia a las fortalezas que había erigido en Alsacia y Lorena y desde allí asegurar sus comunicaciones y su comercio con los Países Bajos. Desde 1604, el conde de Fuentes contaba con los

protestantes grisonos para asegurarse el paso de los Alpes desde Milán. Buenos dineros había pagado para lograrlo. Pero Fuentes también concertó alianzas con los cantones católicos que le permitieron controlar la entrada de la Valtelina y construir el fuerte de su nombre. El gobernador español ocupó todo el valle e hizo construir un nuevo fuerte en Bormio y otros lugares fortificados rumbo al Tirolo. Gracias a ese dominio, el tránsito de los tercios españoles estaba asegurado, aunque pronto sería algo más que el Camino de los Españoles, dado que iba a servir para que por allí pasaran las huestes del Imperio hacia Italia y los italianos de cualquier cohorte hacia el Norte.

Mapa 2



**Obsérvese que Francia disponía también de la ruta marcada con un trazo doble para mantener sus relaciones con Venecia.**

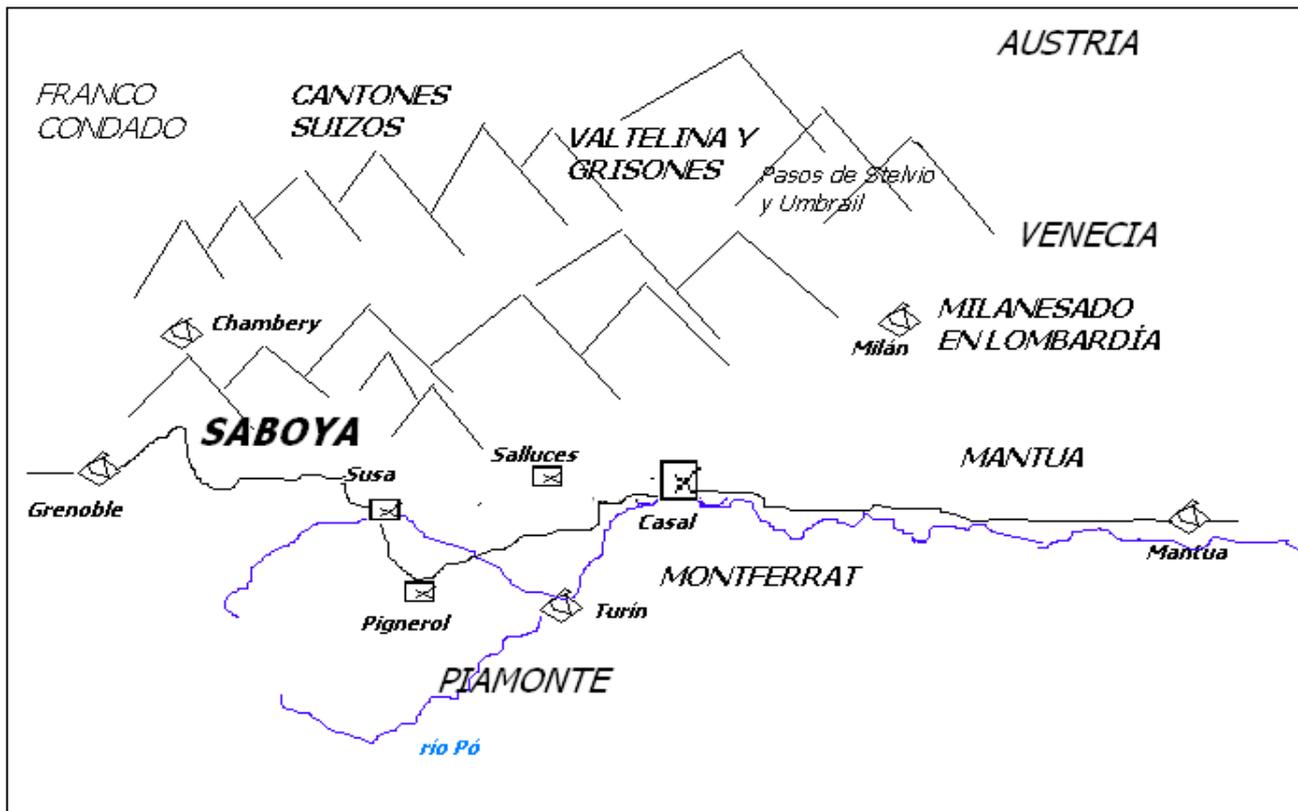
Ni Mantua ni Venecia veían con buenos ojos tales intentos de expansionismo español pues ya bastante les preocupaban las persistentes provocaciones del Imperio en el Tirol. Pero en el caso de Mantua la situación se había agravado a raíz de la muerte del duque Vicente II, pues su sucesión estaba en pugna entre dos pretendientes; por un lado, el duque Carlos de Nevers, sostenido por los Gonzaga, a quien Francia deseaba apoyar, y por el otro lado, un pretendiente de la casa de Guastalla respaldado por España.

Con mucho sentido de la oportunidad, el duque de Saboya no había querido que nadie le impidiera apoderarse del Montferrat en desmedro del heredero de Mantua y para lograrlo había pactado en Madrid un reparto territorial más que conveniente: él se quedaría con la ribera norte del río Pó y en cambio entregaría a los españoles la fortaleza de Casal, cuya posición estratégica permitía cerrar la ruta a Mantua, Milán y Génova.

Todo lo me había ido contando Sillery me impulsó a distraer tiempo de mis tareas cotidianas e ir en busca de una librería donde por lo menos pudiera encontrar un mapa, por antiguo que fuera, de la región entre Grenoble y Mantua, pues me pareció imprescindible poder situar los lugares que mi interlocutor me había mencionado. Tuve suerte y saqué unos apuntes de los datos que fuí encontrando y, de regreso en mi posada, diseñé un pequeño mapa recordatorio al que después di mejor forma cuando volví a París.

Richelieu comprendió que Saboya era el pasaje obligado para influir decisivamente en la solución del problema mantuano y hacer sentir el poderío francés en el norte de Italia. Acordó los detalles con nuestro soberano y ambos intervinieron directamente en la conducción de las tropas francesas que pudieron aprestar, pese a que escaseaban mucho los recursos para financiarlas y, además, no había habido más remedio que licenciar gran número de los regimientos antes disponibles y fue necesario reclutar nuevos contingentes menos expertos

### Mapa 3



Así fue que el Rey y el Cardenal partieron rumbo a Grenoble, donde se concentraron las tropas, y pronto salieron en campaña en dirección de Saboya. No sé de dónde sacó recursos Su Eminencia para sufragar la expedición, pero creo que no bastaron ni los aportes del Tesoro ni los nuevos impuestos, por lo que colijo que debió aportar bienes propios, por lo menos para estar seguro de que dispondría a tiempo de cañones.

Ni el estado de los caminos ni las condiciones meteorológicas permitieron desplazarse con rapidez. Cada vez que pude monté a caballo para transitar a campo traviesa en lugar de seguir trabajosamente las rutas disponibles, todas de tierra o de ripio, y mal conservadas por los campesinos a quienes se obligaba a abrirlas, mantenerlas y repararlas. Eran tales los inconvenientes que nuestro Rey pidió a Su Eminencia que creara un organismo encabezado por un ingeniero jefe con la responsabilidad de poner en orden y mejorar el sistema de carreteras.

Comparándola con mis andanzas juveniles por las estribaciones de los Pirineos, la travesía que estábamos emprendiendo por los majestuosos Alpes era riesgosa e impresionante. Tuvimos lluvia, mucho viento y copiosa nieve

hasta llegar a la altura del paso de Cenis y más allá; el fango nos fue atrasando cada vez más, más que nada debido a la dificultosa progresión de la infantería y de los cañones y la torpeza del abastecimiento necesario para disponer de víveres en cada bivouac. A cada rato era preciso desmontar y tirar de la brida a los corceles pues sus patas se hundían peligrosamente en la nieve; nadie estuvo a salvo de esa necesidad, ni siquiera nuestro Rey. Caminar durante largos trechos de esta manera, expuestos a la intemperie, no servía para mejorar nuestro ánimo.

Íbamos llegando a Susa cuando Richelieu me encomendó la tarea de informarle hasta qué punto el duque de Saboya iba a dejarle franco el camino. Al cabo de varias horas de merodear por la zona llegué a la conclusión de que los saboyardos iban a ser un hueso muy duro de roer. En efecto, el duque había reforzado con múltiples y elevadas barricadas las fortificaciones existentes; éstas estaban al final de un desfiladero muy estrecho y muy fácil de proteger; había fosos anchos y profundos, difíciles de cruzar y, a ojo de buen cubero, disponía de tropas suficientes para oponerse a una invasión. El terreno tampoco era propicio a una embestida frontal y la fuerza enemiga contaba con numerosa caballería para actuar con rapidez y movilidad en distintas direcciones. Sin embargo, descubrí un sendero por el que podríamos evitar el grueso de las dificultades y caer sobre enemigos desprevenidos.

Nada podía arredrar a nuestro soberano. Personalmente, dirigió cargas sucesivas contra los enemigos y pude ver cuánto arrojo demostró y cuánto complació al Cardenal verlo actuar con tanta valentía y determinación. Yo no me quedé corto: a sablazos me abrí paso entre las barricadas y fui uno de los primeros franceses que llegó al centro de Susa antes de que el duque de Saboya aceptara su derrota.

Después asistí a la incursión que nos permitió apropiarnos de Saluces. Mi premio fue caer en brazos de una hermosa muchacha italiana que admiró mi fogosidad en el combate y en el lecho. Era corpulenta y se vestía con sencillez a la moda campesina, con un largo vestido floreado que dejaba ver un escote deslumbrante. Habíamos bailado en la plaza antes de que me la llevara a mi habitación de la posada cercana y vi que le gustaba beber el vino Nebbiolo que me recomendó y que yo tomé en abundancia. Cuando salí a la calle no estaba en mis cabales. Por desgracia, enseguida caí en una emboscada que me tendieron un pretendiente furibundo y varios amigos suyos armados de porras. Al pretendiente despechado pude darle una estocada cuando se abalanzó sobre mi con un cuchillo, pero los rufianes que lo acompañaban me propinaron varios golpes certeros antes de que un soldado nuestro les hiciera emprender la retirada amenazándolos con su arcabuz.

De acuerdo con Richelieu, el Rey decidió internarse por el Piamonte sin llegar hasta Turín. Tomó a Rívoli y desde allí envió tropas al mando de Toiras, el antiguo defensor de La Rochelle contra Buckingham, para apoderarse de Casal, donde al poco tiempo Toiras tuvo que refugiarse en la ciudadela a causa del asedio de las tropas milanesas y austríacas encabezadas por el legendario general genovés Ambrosio Spinola, ante quien se había rendido Breda.

Pronto cayó en nuestras manos otra fortaleza más al sur, la de Pignerol, y fue ahí que tuve la primera impresión de lo que iba a ser años más tarde la prisión del Superintendente Fouquet y aquel hermano mellizo de Luis XIV a quien llamaron el hombre de la máscara de hierro. ¡Qué recuerdos nostálgicos iba a tener tantos años después de mis amigos Porthos y Aramis!

Con la situación militar bajo control y la promesa del duque de Saboya de abastecer a nuestras tropas y no interferir en sus operaciones, Luis XIII y Richelieu regresaron a Grenoble. Yo fui de la partida, pues el Cardenal insistió en que lo acompañara a

todas partes y asistiera a todas las reuniones donde se discutiera de planes de guerra o de paz. Intuí que se iba a hablar de la guerra en el Languedoc, donde Rohan se aprestaba a hacer buen uso de las tropas hugonotes contra nosotros. Pero tuve la sorpresa de que a los pocos días cambió radicalmente el tema principal de las conversaciones entre los jefes máximos. Vinieron a Grenoble dos personajes importantes con sus comitivas. Uno de ellos era el duque de Saboya; el otro era un representante del Papa llamado Giulio Mazarino, con quien tanto iba yo a lidiar en años venideros. De inmediato me llamó la atención el extraño parecido que su fisonomía tenía con la de aquel Buckingham que yo había conocido en París y en Inglaterra. Después me enteré de que Richelieu había reparado en lo mismo, hasta el punto de que más tarde, cuando ya pensaba poner a Mazarino al servicio de la Corona de Francia, no vaciló en hacerle observar a Ana de Austria la semejanza que había descubierto, con las consecuencias que ya he relatado en mis relatos de otras andanzas.

Por intermedio de esos dos personajes, Saboya y el Papa propusieron que retirásemos nuestras tropas de Susa y Pignerol y abandonáramos a Casal, a cambio de lo cual España y el Imperio estarían dispuestos a aceptar un armisticio y a someter a arbitraje el derecho del duque de Nevers a entrar en posesión de Mantua y el Montferrat. Esa propuesta fue inaceptable para nosotros. Habría que esperar alguna contingencia favorable a nuestros intereses para poder solucionar el problema de la sucesión. Ignorábamos en ese momento que el Emperador Ferdinando II ya había enviado fuerzas considerables al mando de Collalto para asediar y saquear a Mantua y que el sitio, agravado por la peste que se declaró entre la población mantuana, iba a durar hasta 1630.

No me fue posible enterarme de otros pormenores pues apenas terminó la reunión tuve que acompañar a Mazarino hasta su residencia. Durante los diez minutos que tardamos en llegar, Mazarino no dejó de hacerme mil preguntas: ¿era cierto que Luis XIII estaba muy enfermo y que su hermano Gastón no disimulaba sus ansias de reemplazarlo? ¿Qué se sabía de un eventual embarazo de la Reina? ¿Había algún sucesor en vista para Richelieu si éste moría o era desplazado? ¿Por qué Richelieu se había rodeado de capuchinos cuando había tantos buenos jesuitas a disposición? ¿De dónde sacaba dineros y cuál

era su fortuna personal ? ¿ Seguía aspirando Su Eminencia a la función de legado papal? Esquivé la mayoría de las preguntas pretextando ignorancia y sólo me referí a la supuesta enfermedad de nuestro soberano contándole con cuanta gallardía había combatido en Susa a la cabeza de sus tropas.

Cuando Mazarino se retiró a sus aposentos me quedé un largo rato haciendo antesala. Media hora después vi que el emisario salía, vestido como cualquier gentilhomme de la Corte, por una puerta encubierta. ¿Iba tras una aventura galante o ya tenía con quien dedicarse a alguna intriga de tenor pontifical? Decidí seguirlo. Subió a una carroza y yo monté a caballo. Nos dirigimos a una casa señorial bastante distante y ahí tuve la sorpresa de observar que quien lo esperaba en la puerta era nada menos que Gastón de Orléans. Me bastó con eso. Sabía que Richelieu había dejado recién a los cuarenta años el partido pro-español para convertirse en líder galicano y propulsor de la unidad francesa. Ahora, un allegado del Papa parecía estar entrando en conspiraciones con el hermano de Luis XIII, muy dispuesto a coaligarse con cualquier puñado de hombres que pudieran ayudarlo a acceder al trono.

A los pocos días la comitiva real emprendió el regreso a París. Durante el viaje, el Rey Luis pidió a Richelieu que accediera a mi retorno al cuerpo de mosqueteros directamente a su servicio. Así fue durante todo el período siguiente en que estuve al servicio de Luis XIII, Ana de Austria y Mazarino y el joven Luis XIV. Por el momento pude volver a los brazos de mi dueña de casa, la impagable Eloisa, para recobrar una virilidad no perdida, pero puesta a prueba por las privaciones durante mi ausencia en campaña.



OBRAS CONSULTADAS

- Barraclough, Geoffrey (publicado bajo la dirección de). *The Times Concise Atlas of World History*. Londres, Times Books Limited, 1986.
- Belloc, Hilaire. *Richelieu. A study*. Philadelphia, Lippincott, 1934.
- Bercé, Yves-Marie. *La naissance dramatique de l'absolutisme, 1598-1661*. Nouvelle histoire de la France moderne, 3. París, Éditions du Seuil. 1992.
- Carmona, Michel. *La France de Richelieu*. París, Fayard-Complexe, 1984.
- Carmona, Michel. *Richelieu. L'ambition et le pouvoir*. París, Fayard-Marabout, 1983.
- Castelot, André, y Decaux, Alain. *1617-1643. Louis XIII et Richelieu*. París, Robert Laffont, Une réalisation de la Librairie Plon et de la Librairie Académique Perrin. 1971.
- Clark, G.N. *The seventeenth century*. Londres, Oxford Paperbacks, 1960.
- Dézobry; Charles, et Bachelet, Th. *Dictionnaire général de biographie et d'histoire, de mythologie, de géographie ancienne et moderne comparée, des antiquités et des institutions*. Duodécima edición revisada por M. E. Darsy. Dos tomos. París, Librairie Ch. Delagrave, s.f.
- Dumas, Alexandre. *Les trois mousquetaires et Vingt-Ans après*.
- Elliott, J. H: *Imperial Spain, 1469-1715*. Harmondsworth, Middlesex, Pelican, 1975.
- Hauser, Henri. *La prépondérance espagnole (1559-1660)*. París, Presses Universitaires de France, 1948.
- Hildesheimer, Françoise. *Richelieu, une certaine idée de l'État*. París, Publisud, 1985.
- Huxley, Aldous. *Grey eminence. A study in religion and politics*. Londres, Chatto and Windus, 1956.
- Mémoires de Mr. D'Artagnan, capitaine lieutenant de la première Compagnie des Mousquetaires du Roi, contenant quantité de choses particulières et secrètes qui se sont passées sous le règne de Louis Le Grand*. París, Jean de Bonnot, 1966.
- Michelet, Jules. *Histoire de France, XI. Henri IV et Richelieu*. Edición presentada por Paul Viallaneix y Paule Petitier. París, Editions des Équateurs. 2008.

Ogg, David. *Europe in the Seventeenth Century*. Londres, Black, 1948.

Parker, Geoffrey. *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*. Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

Reverdy, Georges. *Atlas historique des routes de France*. París. Presses de l'École nationale des Ponts et Chaussées, 2006.

Wakeman, Henry Offley. *Europe 1598-1715*. Nueva York, Macmillan, 1939.

Wedgwood, C.V. *The thirty years war*. Londres, Jonathan Cape, 1964.

Varios sitios Web consultados por Internet.